

PREPARAR LAS CELEBRACIONES PASCUALES

El 24 del pasado mes de febrero la Iglesia inició una vez más el camino cuaresmal. Un nuevo esfuerzo que se brinda a los fieles para que retornen, a través de una sincera conversión, a la vida nueva del Resucitado. Se trata de unos días, como todos conocen, fuertemente marcados por la insistente invitación a la penitencia. Pero estos acentos penitenciales, por importantes que sean, no agotan lo que podríamos llamar el contexto del ciclo cuaresmal. Es más: la penitencia y la conversión no son sino instrumentos para que los fieles lleguen a asumir personalmente la vida pascual inaugurada por la resurrección de Jesucristo. Porque si la Cuaresma es tiempo de penitencia, la penitencia para los cristianos no es un simple ejercicio de ascesis sino sobre todo un camino -no siempre este matiz es suficientemente vivido- hacia la Pascua. Como camino hacia la Pascua, en efecto, presenta la Cuaresma tanto el Vaticano II (Sacr. Conc. 109) como las Normas universales del Año litúrgico que encabezan el misal (n. 27). Con este matiz también aparece la Cuaresma en la bella oración del primer domingo cuaresmal en la que la comunidad cristiana pide «avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud».

Pero es preciso insistir en que si la Cuaresma tiene sus exigencias como tiempo penitencial, también las tiene el vivirla como preparación a las fiestas pascales. Y este segundo aspecto, algún tanto olvidado en los últimos siglos, tampoco hoy se subraya ni se vive siempre con la intensidad suficiente. Sobre esta temática nos proponemos, pues, reflexionar aquí.

Hace cinco años la Congregación para el Culto Divino se refirió

a esta preparación en una extensa Carta. Pero el documento, promulgado el 16 de enero de 1988, apareció de hecho demasiado tarde para ser conocido y sobre todo utilizado a partir del mismo año de su publicación. En efecto, la Carta se promulgó a un mes sólo de distancia del inicio de Cuaresma (en dicho año la Cuaresma empezaba el 17 de febrero y la Carta se publicó el 16 de enero); por otra parte, con referencia a nuestras comunidades, la versión española de la Carta no se conoció hasta el 12 de marzo (Ecclesia n. 2362, págs. 386 y ss.), tres semanas tan sólo antes de Pascua que aquel año coincidía con el 4 de abril. La Carta consiguientemente no pudo tener en aquel año ni la repercusión ni el fruto que hubiera sido de desear. El año siguiente el documento ya no constituía una novedad y por ello pasó más bien desapercibido.

La Carta romana materialmente no aportó grandes novedades. En su parte dispositiva se limitó a unos pocos cambios -interesantes sin duda, pero poco llamativos- como son, por ejemplo, el de restituir la obligatoriedad de algunos ritos tradicionales que el misal de Pablo VI había dejado como optativos, como la postración de los ministros al inicio de celebración del Viernes santo, o la presencia de los salmos responsoriales en la Noche pascual, que la normativa anterior permitía substituir por espacios de oración en silencio. Pero lo que sí fue realmente importante son las explicaciones y el «espíritu» en el que se mueve el conjunto del documento. Por ello pensamos que es útil -por nuestra parte lo recomendamos- repasar su lectura antes de las fiestas pascales. (La Carta, además del lugar citado de «Ecclesia», se ha publicado también en el número 30 de «Cuadernos Phase» que edita el CPL o en la colección «Documentos y estudios», de Promoción Popular Cristiana y recientemente en PARDO, *Enchiridion, Documentación Litúrgica Postconciliar*, Barcelona, Edit. Regina 1992, núms. 4444-4551, págs. 1186-1206).

La preparación de las fiestas pascales comporta múltiples aspectos. Y todos ellos deben cuidarse si se desea hacer de la celebración pascual un acontecimiento de verdadera densidad espiritual. Hay que cuidar de los elementos materiales de la celebración: que la cruz que se presentará a la adoración de los fieles el Viernes santo sea, por ejemplo, «suficientemente grande y bella» (Carta sobre las fiestas pascales, 68) para un rito tan solemne y tan expresivo; que el Cirio pascual «sea de cera, nuevo cada año, único, relativamente grande, nunca ficticio, para que pueda evocar realmente que Cristo es la luz del mundo» (id, 82). Hay que cuidar de la preparación de los cantos teniendo presente sobre todo tender a que éstos, en cuanto sea posible, sean los textos

propios o a lo sumo cantos parecidos y preparados para «ser utilizados únicamente en estas celebraciones» (id, 42). Hay que cuidar -y ello es sin duda aún más importante- de la preparación espiritual de estas celebraciones extraordinarias: es preciso meditar los textos, profundizar el sentido de los gestos, disponerse y ayudar a que los demás fieles se dispongan a realizarlos con unción. El beso, por ejemplo, al madero santo en la celebración de la muerte del Señor es un gesto que tiene una gran densidad espiritual, pero para lograrla es necesaria una profundización contemplativa, previa y concomitante, so pena de que se pueda repetir de nosotros la queja del Señor: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mc 7, 6).

Pero hay aún otro aspecto, que tememos pase desapercibido, sobre el cual quisiéramos insistir también y que requiere un esmerado esfuerzo de reflexión e incluso de «preparación *especializada*». El de las celebraciones pascuales en las iglesias y comunidades con pocas posibilidades externas, pero con una urgente necesidad de participación, el de aquellas iglesias a las que nos referimos ya el año pasado llamándolas «iglesias pobres» (Cf. *Oración de las horas*, XXIII [1992] 79-83).

Por poco que se hiciera una estadística del número de celebraciones pascuales que se realizan cada año fácilmente se llegaría a la constatación de que una gran mayoría de ellas tienen lugar en estas iglesias con pocos medios celebrativos: pocos ministros (con frecuencia solo el celebrante), poca o ninguna posibilidad para aprender cantos, asamblea reducida y frecuentemente formada casi sólo por ancianos... Ante este cuadro es fácil tomar como actitud la de limitarse al mero cumplimiento de unos ritos, realizados a veces lo más rápidamente posible.

No puede negarse que resulta mucho más difícil dar autenticidad y vida a unas celebraciones para las que se dispone de pocos medios. Pero ello no significa que sea imposible. Se trata nuevamente de preparar estas celebraciones, con interés y dedicación, a base de los pocos medios de los que se dispone. Por otra parte no puede olvidarse que entre estas «iglesias pobres» encontramos incluso asambleas formadas por personas de gran valía espiritual -nos referimos sobre todo a los pequeños monasterios de monjas contemplativas- cuya vocación estriba precisamente en ser, en el seno de la Iglesia, como levadura que debe «atraer eficazmente a los demás miembros de la Iglesia a realizar sin desfallecimiento los deberes de la vocación cristiana» (Lum. Gent. 44). ¿No resulta altamente grave y contradictorio que estas «comunida-

des fermento» celebren sin realce la mayor de las fiestas cristianas y los más expresivos ritos del evangelio?

En 1725 Benedicto XIII promulgó un libro litúrgico -el *Memoriale Rituum*- para ayudar precisamente a las «iglesias pobres» en las celebraciones extraordinarias del año litúrgico (el volumen tuvo su última edición en 1920). Nos consta que, hace unos años, se planteó en la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos la conveniencia de promulgar algo parecido; pero el proyecto, por el momento, no ha sido aún llevado a término. Por nuestra parte el año pasado ofrecimos ya unas pistas (con menos posibilidades ciertamente que la aludida Congregación pues ella puede simplificar los ritos y promulgar, suprimir o modificar, si es preciso, algunos gestos celebrativos que aparecen en el misal, mientras un autor privado únicamente puede sugerir modos para facilitar las celebraciones tal como de hecho figuran en los libros de la Iglesia).

Con las limitaciones, pues, que exige el deber de amoldarse a los ritos eclesiales, hemos preparado para este año un volumen completo que esperamos sea útil para una mejor vivencia de la liturgia pascual en las pequeñas iglesias (*Celebraciones de Semana Santa en las iglesias menores*, edit. Regina). En el próximo número de *Liturgia y Espiritualidad* presentaremos el volumen que aparecerá (D. m.) antes de fines de Cuaresma. A base, pues, de las orientaciones que aquí mismo publicamos el año pasado (Cf. *Oración de las horas*, XXIII [1992] 79-83 y *21-64*) los pequeños monasterios y los párrocos de las pequeñas parroquias pueden empezar a preparar las fiestas pascales; y con el volumen que ahora anunciamos pensamos les será más fácil una vivencia contemplativa de estas fiestas culminantes de la comunidad cristiana. P. F.